

Palestina y los árabes (1917-2017)

Historia de una tragedia colectiva

Traducción: Fabián Chueca

El artículo realiza un recorrido analítico por las vicisitudes de Palestina y los palestinos, desde el primer Congreso Sionista en 1897, que sentó las bases de la creación del Estado de Israel, hasta el reciente reconocimiento de Jerusalén como capital de Israel por parte de Donald Trump. Este recorrido por la cuestión palestina está marcado, primero, por el respaldo de los países árabes no exento de intentos de clientelización para convertirse posteriormente en tema de división y ser marginado después de las agendas políticas tanto en la región como en el ámbito internacional. La invasión de Irak y la consiguiente desestabilización regional eclipsó la atención sobre la cuestión palestina, evento aprovechado para la expansión de la colonización israelí en los territorios ocupados.

La cuestión palestina no nació con la resolución de la Asamblea General de la ONU, de noviembre de 1947, por la que se dividía injustamente Palestina en un Estado judío y un Estado árabe. Nació mucho antes, con la adopción por el primer Congreso Sionista Mundial, celebrado en Basilea en 1897, del proyecto de creación de un Estado judío en Palestina. Desde esa fecha, quedó bien claro que un proyecto colonial apuntaba a Palestina. Pero para que el proyecto pudiera hacerse realidad hacía falta el apoyo de una gran potencia: se conseguirá con la Declaración Balfour de noviembre de 1917, por la que Gran Bretaña prometió a los judíos de Europa la creación de un «hogar nacional judío» en Palestina, sin consultar a los habitantes árabes, que sin embargo constituían el 92% de la población.

Los demás pueblos árabes manifestaron de inmediato una solidaridad sin fisuras con «el pueblo hermano de Palestina». Durante el periodo del Mandato británico (1922-1947), voluntarios árabes llegaron de todas partes para unirse a los resistentes palestinos contra el proyecto sionista, sobre todo durante la Gran Revuelta de 1936 a 1939. La cuestión Palestina se instaló en las conciencias colectivas árabes como una «nueva cuestión colonial». Más

Bichara Khader es profesor emérito de la Universidad Católica de Lovaina y fundador del Centro de Estudios e Investigaciones sobre el Mundo Árabe Contemporáneo

adelante, los pueblos árabes vivirán la expulsión de dos tercios de la población palestina entre 1947 y 1948 (la Nakba) y la creación de Israel en mayo de 1948 como una «gran humillación colectiva». En 2018, la Nakba continúa, más dolorosa que nunca, con una ocupación que va acompañada de una colonización.

Pero si bien es cierto que, para los pueblos árabes, la cuestión palestina es ante todo una “cuestión árabe”, también lo es que a menudo ha sido más un elemento fundamental en las relaciones interestatales árabes que una “causa nacional” que había que defender con uñas y dientes. Desde 1917 hasta nuestros días, la cuestión palestina ha sido instrumentalizada con frecuencia por los regímenes árabes, en una suerte de espiral nacionalista en la que la defensa de la causa palestina aparecía como un arma de legitimación política, de liderazgo regional, o como un medio de desviar la atención de los problemas internos. «Todos los estados árabes han intentado sacar provecho de la inmensa capacidad movilizadora de la causa palestina sin tener realmente en cuenta los derechos de su pueblo», recuerda Elias Sanbar.¹ «Los gobiernos árabes están a favor de la causa palestina y en contra de los palestinos»: este dicho popular palestino expresa esta amargura.

La historia de las relaciones entre árabes y palestinos es turbulenta, hecha de desconfianza, intentos de clientelización y sometimiento del movimiento nacional palestino, pero también de solidaridad real

El dicho popular es ciertamente severo: mete a todos los países árabes en el mismo saco y se aplica a ciertos momentos y determinados episodios de la historia de los últimos 100 años. La solidaridad de los estados árabes no siempre ha sido “interesada”, ni siquiera “sospechosa”. Ni mucho menos: los países del Golfo han proporcionado puestos de trabajo a cientos de miles de palestinos, que a su vez han cubierto las necesidades de sus familias en los territorios ocupados. Los países del Magreb han sido incondicionalmente solidarios con Palestina: ellos también padecieron los sufrimientos de la colonización, están lejos del escenario del conflicto y no se sienten amenazados por el hecho nacional palestino. El Egipto de Naser pagó un precio muy alto en vidas humanas en la defensa del pueblo de Palestina.

En definitiva, la historia de las relaciones entre árabes y palestinos es una historia turbulenta, hecha de «desconfianza, intentos de clientelización y sometimiento del movimiento nacional palestino», pero también de solidaridad real. Lamentablemente, esta solidaridad siempre ha sido poco efectiva, por cuanto 100 años después de la Declaración Balfour (1917), 70 años después de la resolución de partición (1947) y 50 años después de la ocupación de todo lo que quedaba de Palestina (1967), la cuestión palestina sigue sin resolver.

¹ E. Sanbar, *Figures du Palestinien: identité des origines, identité de devenir*, Tarik Editions, Casablanca, 2005.

La cuestión palestina entre las dos grandes guerras mundiales

A su regreso del primer congreso sionista mundial, en 1897, Theodor Herzl anotó en su diario: «He fundado el Estado judío. [...] Dentro de cinco años quizás, dentro de cincuenta años con seguridad». Esta afirmación resultó profética: en 1947, la Asamblea General de la ONU votaba la resolución de partición.

Para los palestinos fue una catástrofe anunciada. Ya la Declaración Balfour de 1917 «los convertía en extranjeros en su propio país y anunciaba su expulsión».² Nadie era ajeno al peligro. La represión británica de las revueltas palestinas de 1922, 1929 y, sobre todo, de 1936-1939 confirmó el apoyo británico al proyecto sionista.³ Palestina se convirtió entonces en un factor decisivo del desarrollo del nacionalismo árabe, y hasta en su símbolo. Los pueblos árabes exigieron a sus estados que acudieran en auxilio del pueblo palestino. Se celebraron congresos de apoyo prácticamente en todas partes. Pero los estados árabes independientes no disponían de medios militares ni de experiencia concreta de la guerra, mientras que los demás estaban sometidos al yugo colonial y por tanto carecían de toda autonomía. Y así, Gran Bretaña, potencia mandataria entre 1922 y 1948, pudo actuar sin temor contra la resistencia palestina al proyecto sionista, máxime teniendo en cuenta que el sentimiento nacionalista se hallaba en sus inicios y escindido en varias corrientes antagónicas.

De hecho, en los primeros años de la década de 1940, los hachemíes de Irak y Transjordania pusieron en marcha dos proyectos contrapuestos: el del Creciente Fértil, cuyo objetivo era reunir, bajo la égida del Reino Hachemí de Irak, a Siria, Transjordania y Palestina, y el de la Gran Siria, que aspiraba a agrupar Siria y Palestina bajo el mando de los hachemíes de Transjordania.

Los dos proyectos preocuparon a los egipcios, que vieron en ellos la voluntad de los hachemíes de crear una potencia regional capaz de hacer sombra al reino de Egipto. Y así, Egipto “torpedeó” los dos proyectos invitando a los países árabes independientes a discutir un proyecto de creación de una Liga de Estados Árabes, lo que desembocó en el Protocolo de Alejandría del 7 de octubre de 1944, que preveía la constitución de un Pacto de la Liga de Estados Árabes que se firmó en El Cairo el 22 de marzo de 1945.

Desde su constitución, la Liga hizo de la cuestión palestina su caballo de batalla. De las 17 resoluciones adoptadas en el Consejo de la Liga de Estados Árabes el 14 de diciembre de 1945, 11 hacían referencia a Palestina. Uno de los primeros proyectos de la Liga fue la

² H. Laurens, *La Question de Palestine*, vol. 3, 1947-1967, Fayard, París, 2007, p. 8.

³ B. Khader, *Histoire de la Palestine*, vol. 2, Maison Tunisienne de l'édition, Túnez, 1977.

constitución de un Fondo de la Nación Árabe (*Sandouk al Oumma al arabiyyah*) destinado a impedir la apropiación de las tierras palestinas por los judíos. El 16 de septiembre de 1947, el Comité Político de la Liga propuso el envío de tropas árabes a Palestina en caso de que la Asamblea General de la ONU decidiera aprobar la partición.

Pero los hachemíes de Transjordania tenían otros planes. Aunque Transjordania había ratificado el Pacto de la Liga, el 10 de abril de 1945, el rey Abdalá de Transjordania (se hizo proclamar rey el 25 de mayo de 1946) volvió a proponer la idea de un Reino de la Gran Siria en su beneficio, que incluiría Siria, Transjordania y Palestina. Los nacionalistas sirios, partidarios de una república, hicieron descarrilar el proyecto. El rey Abdalá no dudó entonces en acudir a los dirigentes sionistas, a quienes hizo saber que, en caso de partición de Palestina, Transjordania estaría dispuesta a anexionarse la parte árabe. El 17 de noviembre de 1947, es decir, unos días antes de la votación sobre la partición, el rey Abdalá se entrevistó en secreto con Golda Meir, a la sazón directora en funciones del Departamento Político de la Agencia Judía, a quien informó de su proyecto de anexionar a Transjordania lo que quedaba de Palestina.⁴

Sospechando lo que se tramaba entre sionistas y hachemíes, la Liga intentó poner en marcha un ejército de liberación árabe (*Jaish al Inqahd al Arabi*), pero en lugar de confiar el mando al muftí Amin al Huseini, figura emblemática de la resistencia palestina, los estados árabes optaron por un competidor en la persona de Fawzi al Qawqaqi. El muftí constituyó entonces su propia milicia –*al Jihad al Muqaddass*– y la puso bajo el mando de su primo Abdel-Kadir al Huseini. Voluntarios árabes acudieron tanto del Magreb como del Mashrek – la zona más oriental del mundo árabe que cubre desde Egipto hasta Irak– para participar en la lucha. Esfuerzo baldío: el equilibrio de fuerzas favorecía a los sionistas.

La Nakba palestina y los árabes (1947-1949)

Los árabes no pudieron impedir ni la resolución de partición (1947), ni la creación de Israel (1948), ni, *a fortiori*, la limpieza étnica entre esas dos fechas.⁵ El exilio forzado de dos tercios de la población palestina constituyó un verdadero sociocidio, es decir, el desarraigo del pueblo palestino de su tierra de origen y su dispersión geográfica. El mismo tiempo, la masiva afluencia de refugiados palestinos a Transjordania, Siria y Líbano convirtió la cuestión palestina en un problema interno para muchos países árabes.

La magnitud del desastre fue tal que en todos los países árabes se multiplicaron las manifestaciones populares en las que se exigía la movilización de los ejércitos árabes para

⁴ A. Shlaim, *Collusion across the Jordan: King Abdallah, the Zionist movement and the Partition of Palestine*, Clarendon Press, Oxford, 1988.

⁵ I. Pappé, *The making of the Arab-Israeli conflict 1947-1951*, I. B. Tauris, Londres, 1992.

liberar Palestina. Y, de hecho, Irak, Egipto, Siria y Transjordania enviaron tropas, pero eran menos numerosas que la Haganá y las milicias judías, y sobre todo mal equipadas, mal entrenadas, cuando no estaban simplemente bajo el mando británico, como en el caso de la Legión Árabe de Transjordania. A ello se añadió la rivalidad entre el rey Faruk de Egipto y el rey Abdalá de Transjordania, de quien Egipto sospechaba que había enviado su Legión Árabe no tanto para salvar a la Palestina árabe como para anexionarse lo que quedaba de ella. Las sospechas de Egipto resultarían fundadas.

De hecho, a partir del descalabro de los ejércitos árabes en 1948, Egipto, con el apoyo de Arabia Saudí, intentó trabajar por el establecimiento de un Estado palestino autónomo en la parte restante de Palestina e intentó establecer un gobierno palestino bajo la autoridad del muftí de Jerusalén. Pero el rey Abdalá hizo abortar el proyecto al reunir, el 1 de diciembre de 1948, un gran congreso palestino e hizo reconocer la soberanía del rey sobre Palestina y la unificación de los dos países hermanos. Fue el nacimiento del Reino de Jordania.

La cuestión de Palestina se convirtió en la cuestión cardinal del resurgimiento nacionalista árabe del que Naser pasó a ser el líder indiscutido

Como era de esperar, la proclamación de la anexión de Palestina dio lugar a protestas generalizadas en Siria, Arabia Saudí y Egipto. El Congreso de Jericó fue tildado de «peligrosa distracción», de gran conspiración (*al Mu'amarah al Koubra*). Pero merced al apoyo británico, el rey no se dejó intimidar: el 25 de diciembre de 1948 se entablaron negociaciones secretas con los dirigentes sionistas para llevar a buen puerto su proyecto. Fue evidente que Palestina había sido sacrificada en aras de las ambiciones estatales.

Palestina en el periodo arabista (1952-1967)

La derrota árabe de 1948-1949 dejó una inmensa sensación de amargura y de ira. En 1948, Constantin Zureik (1909-2000), uno de los grandes ideólogos del nacionalismo árabe, publicó un libro sin concesiones titulado *Ma'na al Nakba* (El significado del desastre), en el que fustigaba la incapacidad de los dirigentes árabes y sus divisiones frente a las amenazas “existenciales” y llamaba a la unidad de destino. Otro intelectual palestino, Musa el Alami (1897-1984), se sublevaba en otro libro, titulado *La lección de Palestina*, contra la explotación de Palestina por algunos y llamaba a la unidad y la modernidad. Los dos intuían que la cuestión de Palestina, si no se resolvía con rapidez, convulsionaría todo el Oriente Próximo.

Y de hecho, desde principios de la década de 1950, Oriente Próximo ha sido el escenario de convulsiones importantes, vinculadas directamente a la cuestión palestina. El primer ministro libanés, Riad al Solh, fue asesinado el 13 de julio de 1951. El 20 de julio de 1951 fue el rey Abdalá de Jordania quien, a su vez, fue asesinado en la mezquita de Al Aqsa, en Jerusalén, anticipando el asesinato de Sadat 30 años después, en 1981. En 1952, el rey Faruk de Egipto se vio obligado a exiliarse a raíz de la revolución de los jóvenes oficiales egipcios del 23 de julio de 1952.

A partir de la revolución egipcia, la cuestión de Palestina se convirtió en la cuestión cardinal del resurgimiento nacionalista árabe del que Nasser pasó a ser el líder indiscutido.

La administración de Eisenhower intentó un acercamiento a Nasser, con la esperanza de reclutar a Egipto para el bando antisoviético, como había ocurrido con Turquía, que se integró en la OTAN en 1949. La respuesta de Nasser a Foster Dulles, secretario de Estado norteamericano, fue clara: la verdadera amenaza para Egipto no venía de la Unión Soviética, sino de Israel. El 13 de mayo de 1953, Moshe Sharett explicó a Foster Dulles, de visita en Israel, que Israel carecía de espacio para acoger a todos los migrantes judíos (ocupaba ya el 78% de la Palestina histórica), que no volvería nunca al antiguo territorio asignado por la ONU, y que no tenía la menor intención de autorizar el retorno de los refugiados como estipulaba la resolución 194.⁶ El lenguaje tenía el mérito de la claridad. Para los árabes, se hizo evidente que Israel no se conformaría con lo que ya había obtenido, sino que su expansión continuaría de forma imparable, constituyendo no solo una amenaza para los palestinos sino también para los árabes. La arabización de la cuestión palestina se enmarcaba, pues, en la naturaleza misma de la ideología sionista.

¿Es sorprendente que en su discurso con motivo de la nacionalización de la Compañía de Suez, el 26 de julio de 1956, Nasser hiciera a menudo referencia a Palestina?

«[...] Esta es, ciudadanos, la batalla que hoy libramos contra el imperialismo, sus agentes y sus procedimientos, contra Israel, esa obra del imperialismo, puesta en pie para destruir, como ha destruido Palestina, nuestro nacionalismo árabe [...]».

En efecto, el 29 de octubre de 1956 los israelíes penetraron en el Sinaí egipcio. Unos días más tarde, franceses y británicos lanzaron una ofensiva conjunta: fue la guerra de Suez, que en el mundo árabe se calificó de agresión tripartita. Para el mundo árabe, no quedaba ya ninguna duda: Israel no era el “remanso de paz” que describía la literatura sionista, sino una avanzada del imperialismo occidental.

⁶ H. Laurens, *op. cit.*, 2007, p. 351.

La continuación es conocida: derrotado militarmente, Nasser salió de esta prueba aureolado con una victoria política. Se convirtió en un líder árabe y más tarde en un gran dirigente del Tercer Mundo y artífice de la no alineación.

A partir de la guerra de Suez, la cuestión de Palestina pasó a ser una cuestión árabe. Y el Egipto de Nasser era su abanderado. En las monarquías hachemíes cundió la inquietud. Pero si bien la monarquía jordana logró capear el temporal nacionalista y sobrevivió a las convulsiones internas y regionales, la monarquía hachemí de Irak fue barrida en 1958. El mismo año se proclamó la República Árabe Unida (Egipto-Siria). El nacionalismo árabe estaba en auge y los regímenes prooccidentales se pusieron a la defensiva. Se asistió a un vuelco en las alianzas. A partir de entonces, dos ejes se enfrentaron: el eje nacionalista representado por Egipto, Irak y Siria, y el eje monárquico representado por Arabia Saudí y Jordania. Una guerra fría⁷ opuso desde entonces a los estados árabes, que en ocasiones desembocó en conflictos abiertos (guerra de Yemen, 1962). Pero la polarización debilitó a la Liga de Estados Árabes.

Desde su creación, la OLP se vio atrapada en las redes de los conflictos inter-árabes. La cuestión palestina se encontró internalizada en el sistema regional árabe, y por consiguiente, prisionera de sus contradicciones

Valiéndose de su posición de «guardián de los Santos Lugares», Arabia Saudí intentó sustituir el subsistema regional árabe por un subsistema islámico más abarcador con la creación de la Liga de Estados Islámicos (1961-1963), la Alianza Islámica y la Organización de Estados Islámicos (Conferencia de La Meca, 1968). A pesar del activismo diplomático saudí en el mundo musulmán, la iniciativa política, hasta 1967, perteneció a Egipto y a la ideología arabista, y a pesar de la desarticulación de la República Árabe Unida (1962), siguió siendo la ideología dominante y la principal fuente de legitimación de los regímenes existentes. Israel era percibido como un «enemigo nacional de los árabes», y se consideraba la Unidad Árabe como la vía de la liberación de Palestina.

Los palestinos quedaron atrapados entre los dos ejes y fueron utilizados por unos y otros en una escalada que sería perjudicial para sus intereses. Esto se confirmó en 1964, cuando la Cumbre de Alejandría (5-6 de septiembre de 1964) decidió la creación de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) con un abogado palestino, Ahmad Shukairi, al frente. Para Nasser se trataba de adelantarse a los combatientes del Fatah de Yasir Arafat, que preparaban su lucha al margen de toda tutela estatal, pero también de enviar una señal a Jordania para hacerle saber que la anexión de Cisjordania no era algo irreversible. Eso fue

⁷ M. Kerr, *The Arab Cold War*, Oxford University Press, Oxford, 1973.

lo que entendió el Reino de Jordania, que solo aceptó la creación de la OLP a regañadientes y que, a partir del 14 de junio de 1966, puso fin a su cooperación con ella. En un gesto de desafío a Nasser, Jordania se adhirió incluso al Pacto Islámico, lanzado por Arabia Saudí como réplica al nacionalismo árabe nasseriano.⁸

Así pues, desde su creación, la OLP se vio atrapada en las redes de los conflictos inter-árabes. La cuestión palestina se encontró internalizada en el sistema regional árabe, y por consiguiente, prisionera de sus contradicciones.

Palestina y los árabes en el periodo estatalista (1967-1981)

El 5 de junio de 1967 Israel lanzó una ofensiva relámpago en varios frentes y ocupó el Sinaí egipcio, los Altos del Golán sirios, la Franja de Gaza y Cisjordania. Israel nunca había ocultado su intención de derribar el régimen nasseriano y quebrar el impulso arabista, a los que consideraba una amenaza “existencial” para el Estado judío. La derrota de los ejércitos árabes produjo el efecto de un temblor de tierra. El sentimiento nacionalista de las masas árabes, profundamente herido, convulso, desorientado, se aferró a la resistencia palestina. En cuanto a los estados árabes, humillados, se contentaron con reiterar en la Cumbre de Jartum (29 de agosto-2 de septiembre de 1967) su rechazo a toda paz con Israel.

Pero la resistencia palestina padecía un mal congénito: al contrario que la argelina o la vietnamita, se organizaba fuera de Palestina, sobre todo en los campos de refugiados de Jordania. Pero su presencia armada en países soberanos no solo exponía a estos a posibles ataques israelíes, sino que ante todo amenazaba incluso la soberanía de estos países. Embriagados por su victoria sobre el ejército israelí en la batalla de Karamé, en 1968, los fedayines palestinos acabaron por constituir “un Estado dentro del Estado de Jordania”. El rey Husein lanzó sus tropas contra las bases de los fedayines palestinos y los empujó al exilio: fue el Septiembre Negro de 1970. Nasser falleció debido a una crisis cardiaca en el transcurso del mismo mes. Fue el fin de una época y de un sueño. Fue el ocaso de la ideología nacionalista y de su abanderado.

Con Sadat se impuso la ideología estatalista: la consigna sería a partir de entonces «Egipto primero» (*Masr awwalan*). Esta orientación estatalista se manifestó en 1971, cuando Sadat abandonó el término «República Árabe Unida» y recuperó la denominación «República Árabe Egipcia», comenzó a fomentar las organizaciones islámicas para que hicieran de contrapeso a los nostálgicos del nasserismo,⁹ y modificó la Constitución (sep-

⁸ B. Korany y A. Hilal Dessouki, *The foreign policies of Arab States*, Westview Press, Londres, 1984, pp. 268-269.

⁹ H. Laurens, *op. cit.*, 2007, p. 247.

tiembre de 1971) para proclamar que «el islam es la religión del Estado». Habida cuenta de estas nuevas orientaciones, la guerra de octubre de 1973 tuvo más de guerra de liberación del Sinaí que de guerra para la liberación de Palestina. La sucesión de acontecimientos así lo prueba: el 9 de noviembre de 1977, Sadat declaró ante la Asamblea Nacional que estaba dispuesto a dirigirse a la Kneset para transmitir un mensaje de paz. Pasando de las palabras a los hechos, viajó a Israel el 19 de ese mes y pronunció un discurso que fue seguido por los medios de comunicación del mundo entero. Mencionó los derechos palestinos pero ignoró a la OLP para no “ofender” a sus anfitriones israelíes. Al viajar a Israel, Sadat rompió un tabú. Su iniciativa en solitario desagradó a sus homólogos árabes, que lo acusaron de romper el consenso árabe. Una cumbre restringida, celebrada en Argel del 2 al 4 de febrero de 1978, puso en marcha un «frente de la firmeza» para hacer fracasar la iniciativa egipcia. Un esfuerzo baldío: Sadat firmó los acuerdos de Camp David en septiembre de 1978, para desilusión de los demás países árabes y de la OLP.

La Europa de los Nueve emprendió el diálogo euro-árabe a partir de 1975 y comenzó a desarrollar su postura sobre el conflicto árabe-israelí, reconociendo el derecho del pueblo palestino a la autodeterminación

En la Cumbre Árabe de Bagdad (2-5 de noviembre de 1978), los demás países árabes rechazaron por unanimidad los acuerdos de Camp David y propusieron el traslado de la sede de la Liga de Estados Árabes de El Cairo a Túnez. Pero Egipto estaba decidido a seguir adelante, animado por Estados Unidos: el 26 de marzo de 1979 se firmó un acuerdo de Paz entre Israel y Egipto. Egipto recuperó el Sinaí pero las negociaciones sobre la autonomía palestina, previstas por los acuerdos de Camp David, no tardaron en estancarse. Y lo que es peor, el gobierno israelí aprobó el 30 de julio de 1980 una ley de anexión de Jerusalén, que se convertía en la «capital eterna del pueblo judío». Fue el fin de la parte correspondiente a Palestina de los acuerdos de Camp David; Egipto fue engañado: Sadat recuperó el Sinaí y perdió Palestina. En julio de 1981 fue asesinado durante un desfile militar.

Entre 1973 y 1981, la OLP tuvo el viento a favor y ocupó el espacio mediático. La solidaridad de los pueblos árabes fue total. La Europa de los Nueve emprendió el diálogo euro-árabe a partir de 1975 y comenzó a desarrollar su postura sobre el conflicto árabe-israelí, reconociendo el derecho del pueblo palestino a la autodeterminación, a través de unas negociaciones a las que se asociará la OLP (Declaración de Venecia).¹⁰

¹⁰ B. Khader, «*The European Union and the Palestinian Question 1957-2017*», comunicación para el Coloquio del Centro de Estudios Al Khaleej, Sharjah, 6 de mayo de 2017.

La orientación pragmática de la OLP, que en lo sucesivo dejó de hablar de la liberación total de Palestina, desagradó a determinados países árabes, sobre todo a los regímenes baazistas de Siria e Irak. Siria intentó menoscabar a la OLP creando organizaciones de resistencia totalmente sometidas al régimen de Damasco, como Al Saika o el FPLP - Mando General de Ahmad Jibril. Irak hizo otro tanto creando el Frente de Liberación Árabe y el Frente para la Liberación de Palestina de Abu Abbas, totalmente subordinado al régimen iraquí. Así pues, no solo Palestina dividió a los países árabes, sino que a partir de entonces los países árabes dividieron a los palestinos.

Palestina y la “petrodolarización” del subsistema regional árabe

El asesinato de Sadat dejó vía libre a Arabia Saudí. Enriquecida por las dos crisis del petróleo de 1973 y 1979, Arabia Saudí se creyó entonces habilitada para liderar el subsistema regional árabe. La coyuntura no podía ser más propicia: disponía de medios financieros y sus competidores se habían debilitado: el Irak de Sadam Husein estaba enfangado en su guerra contra Irán (1980-1989), y la Siria de Hafez el Asad estaba enredada en la guerra civil libanesa (1975-1989).

A partir de entonces le correspondió a Arabia Saudí defender los derechos del pueblo palestino. Un mes después del asesinato de Sadat, el príncipe heredero de Arabia propuso, el 7 de agosto de 1981, un plan de paz basado en las resoluciones de las Naciones Unidas. El príncipe Fahd pidió, entre otras cosas, la retirada israelí de todos los territorios ocupados, incluido Jerusalén oriental, y la creación de un Estado palestino con capital en el Jerusalén árabe. Exigió el cese del apoyo de Estados Unidos a Israel, el fin de «la arrogancia israelí que Menahim Begin personaliza de la manera más repulsiva, y el reconocimiento del factor palestino [...] que es el factor principal de la ecuación de Oriente Próximo». Pero en el punto 7 de su plan pedía el «reconocimiento del derecho de todos los estados de la región», lo que implícitamente significaba el reconocimiento del Estado de Israel.

La normalización de las relaciones entre Israel y los países árabes estaba en el ambiente. Representó un cambio considerable y una oportunidad histórica que Israel habría podido aprovechar. Una ocasión perdida: después de haber destruido el reactor nuclear iraquí, Osirak, el 7 de junio de 1981, Israel se anexionó los Altos del Golán el 14 de diciembre de 1981, y el 6 de junio de 1982 el ejército israelí invadió Líbano. Las infraestructuras de la OLP fueron destruidas, y Arafat y sus colaboradores emprendieron el camino del exilio. Los campamentos palestinos, sin protección, quedaron a merced de Sharon y sus aliados falangistas libaneses. Del 16 al 18 de septiembre de 1982, las fuerzas libanesas, bajo la mirada del

ejército israelí, entraron en los campamentos de Sabra y Chatila. Cerca de 4.000 personas –ancianos, mujeres y niños–, fueron asesinadas. En marzo de 1983, tras la publicación del informe Kahane sobre estos trágicos acontecimientos, Sharon se vio obligado a dejar el Ministerio de Defensa, pero permaneció en el gobierno.

La Intifada dio a conocer al mundo entero el horror de la ocupación, la injusticia de la colonización y el desprecio por el derecho internacional

En su exilio tunecino, Arafat tenía ahora más autonomía. Había perdido, en efecto, su “base libanesa”, después de la de Jordania, pero la causa palestina había ganado mucha simpatía en la opinión pública árabe e internacional. Al no poder competir con Israel en el plano militar, la OLP se concentrará a partir de entonces en el plano político y moral por una cuestión de eficacia y realismo. Arafat aceptó el Plan Fahd presentado en la Cumbre Árabe de Fez (septiembre de 1982). Se reconcilió con la monarquía jordana viajando en octubre de 1982 a Ammán, donde aludió al principio de una confederación jordano-palestina.

Pero la atención de los árabes en la década de 1980 se centró sobre todo en la guerra Irak-Irán. Aunque los estados árabes sostuvieron al régimen de Sadam Husein para impedir el paso del activismo revolucionario iraní, Siria rompió el consenso árabe y se alineó con el Irán chií de Jomeini (Irán le paga hoy con la misma moneda). A Arabia Saudí le preocupó este acercamiento entre el régimen chií iraní y el régimen alauí sirio, e intentó poner en marcha un “eje suní”. Jordania restableció sus relaciones con el Egipto de Mubarak el 25 de septiembre de 1984, y la Cumbre Árabe extraordinaria, celebrada en Ammán del 8 al 11 de noviembre 1987, abrió la puerta al regreso de Egipto a la “familia árabe”. Solo cuatro países siguieron boicoteando a Egipto: Siria, Argelia, Líbano y Libia.

La guerra entre Irak e Irán perdió fuerza con la muerte de Jomeini el 3 de junio de 1989. La guerra libanesa encontró un desenlace feliz con los acuerdos de Taif, firmados el 22 de octubre de 1989 bajo los auspicios de Arabia Saudí.

En Palestina estalló un levantamiento popular de una magnitud inédita. Fue la Intifada de 1987. La fecha no es casual: entre 1967 y 1987, la población palestina de Cisjordania y Gaza había aumentado cerca del 75%, lo que significaba que prácticamente un palestino de cada dos había nacido bajo la ocupación israelí. Pero, como sabemos, la resistencia palestina, desde sus inicios, se organizaba fuera de Palestina. Expulsada de Jordania, exiliada después de Líbano, la resistencia se encontró dispersa, desconectada geográficamente. Así pues, había que llevar la resistencia al interior de la Palestina ocupada. El 9 de diciembre de 1987, todos los territorios ocupados entraron en ebullición. La movilización fue popular, colectiva y pacífica: los jóvenes

palestinos lanzaban piedras contra los soldados israelíes y estos respondían con fuego real. La movilización de los pueblos árabes fue total. En Europa y en todos los países, la emoción fue grande. La imagen de Israel quedó mermada. La Intifada dio a conocer al mundo entero el horror de la ocupación, la injusticia de la colonización y el desprecio por el derecho internacional. El 22 de diciembre de 1987, la resolución 605 del Consejo de Seguridad de la ONU, aprobada gracias a la abstención de Estados Unidos, lamentó profundamente «esa política y esas prácticas de Israel [...] que violan los derechos humanos del pueblo palestino».

Israel creía que había “desmantelado” la OLP, pero la organización no solo se rehabilitó, sino que su prestigio aumentó. El rey Husein de Jordania tomó buena nota de ello y anunció a finales de julio de 1988 la desvinculación total de Jordania de los asuntos palestinos. Se rompieron todos los vínculos con Cisjordania. Fue el fin de la anexión de Cisjordania. Arafat intervino ante el Parlamento Europeo el 14 de septiembre de 1988 y dos meses más tarde el Congreso Nacional Palestino, celebrado en Argel en noviembre de 1988, adoptó la Declaración de Independencia de Palestina, con capital en Jerusalén oriental (15 de noviembre de 1988). Los reconocimientos del Estado de Palestina llegaron del mundo entero, a excepción de Europa y Estados Unidos. Y lo que es peor, Estados Unidos se negó a conceder a Arafat un visado para que pudiera intervenir en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Entonces fue esta la que se desplazó a Ginebra, del 13 al 16 de diciembre de 1988, para escuchar al dirigente palestino. Arafat afirmó su aceptación de las resoluciones 242 y 338, lo que significaba la aceptación de la existencia de Israel. En esta ocasión fue Estados Unidos el país que propuso entablar un diálogo significativo con la OLP.¹¹ Pero en junio de 1990, Shamir llegó al poder en Israel y rechazó todo plan que pretendiera reconocer un papel cualquiera a la OLP en eventuales negociaciones de paz.

Pero para los palestinos, el año 1990 fue un periodo negro por otro motivo: el 2 de agosto de 1990, el ejército de Sadam Husein ocupó el Emirato de Kuwait. Estados Unidos puso en marcha de inmediato una coalición internacional y lanzó, en enero-febrero de 1991, la operación de liberación de Kuwait denominada «Tormenta del Desierto». Paradójicamente, la opinión pública árabe, aun siendo ampliamente hostil a la ocupación de Kuwait, manifestó su ira contra Estados Unidos: ¿por qué Kuwait y no Palestina?, corearon los manifestantes árabes más o menos en todas partes, tanto en el Magreb como en el Mashrek.

La crisis kuwaití se resolvió *manu militari*, pero el antiamericanismo se propagó como la pólvora. Incluso en Kuwait, se acusó injustamente a los expatriados palestinos (cerca de 250.000) de haber apoyado al ejército iraquí, y la mayoría de ellos fueron expulsados. Se produjo una ruptura importante entre el pueblo kuwaití y las comunidades palestinas. Después de Jordania y Líbano, la cuestión palestina se convirtió también en un asunto interno en Kuwait.

¹¹ «Jérusalem, la Palestine et Israël: la politique étrangère américaine à l'épreuve du droit», *Maroc Diplomatique*, núm. 12, abril de 2017.

La cuestión palestina en la trampa de Oslo (1993-2010)

La crisis y después la guerra del Golfo (1990-1991) constituyeron dos episodios trágicos: el sistema regional árabe, ya libanizado, se rompió en mil pedazos. A la división de los estados se sumó a partir de entonces una fractura entre los pueblos árabes. Ningún país árabe se atrevió ya a entrar en el terreno minado del conflicto árabe-israelí. Después de la implosión de la URSS, fueron los estadounidenses quienes tomaron todas las iniciativas. Tras haber sido acusados de practicar una política de doble peso y doble rasero en la cuestión kuwaití, los estadounidenses organizaron la Conferencia de Paz de Madrid (octubre de 1991), pero a ella no se invitó ni a la OLP ni a los habitantes palestinos de Jerusalén, a petición de Shamir. En consecuencia, fue una delegación jordano-palestina la que participó en la Conferencia. Las negociaciones se estancaron. Rabin sucedió a Shamir en 1992 y adoptó una postura más flexible. Se llevaron a cabo negociaciones secretas en Oslo entre emisarios israelíes y palestinos, que culminaron en un acuerdo provisional, llamado Acuerdo de Oslo, firmado oficialmente en la escalinata de la Casa Blanca el 13 de septiembre de 1993 por Rabin y Arafat. Los países árabes no tuvieron ni voz ni voto. Ningún dirigente árabe se desplazó para asistir a la ceremonia de la firma. Y con razón: Irak estaba sometido a embargo, Siria andaba enredada en Líbano, el Egipto de Mubarak debía hacer frente a sus problemas internos.

Las convulsiones geopolíticas provocadas por la invasión de Irak desviaron la atención de la cuestión palestina, para gran satisfacción de Israel si cabe

El Acuerdo de Oslo era una promesa de negociación, que se acometió bajo el patrocinio norteamericano. Debía desembocar en 1999 en un Estado palestino independiente. Pero no tardó en estancarse. Rabin también fue asesinado por un fanático judío en 1994. Lo sustituyó Peres, pero perdió ante Benjamin Netanyahu en las elecciones de 1996. A partir de ese momento, el bloqueo fue total. En lugar de poner freno a la colonización, esta registró una aceleración que provocó la ira de los palestinos y la incompreensión de los árabes.

El presidente Clinton intentó volver a encauzar el «proceso de Oslo» y organizó las conversaciones entre Arafat y Barak en julio de 2000 en Camp David. La negociación tropezó en la cuestión de Jerusalén y finalmente fracasó. Fue, pues, en este ambiente enrarecido cuando Sharon decidió dirigirse a la Explanada de las Mezquitas, el 28 de septiembre de 2000, para afirmar la soberanía de Israel sobre el «Jerusalén reunificado». La provocación actuó como detonante: fue el estallido de la segunda Intifada, llamada de Al Aqsa.

Sharon, que había sucedido a Barak como primer ministro en 2001, actuó sin contemplaciones contra unos territorios palestinos convulsos. Las ciudades bajo autoridad palesti-

na fueron ocupadas de nuevo. Se castigó con severidad a los campamentos de refugiados. El propio Arafat permaneció encerrado en su Mukata de Ramala hasta su fallecimiento en 2004.

Los estados árabes asistieron a esta oleada de violencia israelí sin reaccionar. No se tomó ninguna iniciativa colectiva. No se ejerció presión alguna. La manifestación de su debilidad apareció entonces a plena luz. Los pueblos árabes se sintieron humillados ante semejante dejación.

Presintiendo el peligro que representaba para la seguridad regional el bloqueo definitivo del “proceso de paz”, los estados árabes intentaron tomar de nuevo la iniciativa. En la cumbre de Beirut (28 de marzo de 2002) propusieron a Israel un «Plan árabe de paz» que recuperaba el Plan Fahd propuesto 20 años antes. Aplaudido en Europa e incluso en Estados Unidos, el plan fue rechazado por Israel. La invasión estadounidense de Irak en marzo de 2003 lo aplazó *ad calendas grecas*.

Las convulsiones geopolíticas provocadas por la invasión de Irak desviaron la atención de la cuestión palestina, para gran satisfacción de Israel, que pudo seguir colonizando los territorios ocupados sin que nadie le molestara. Es cierto que la muerte de Arafat (11 de noviembre de 2004) suscitó una gran emoción en los países árabes, pero la elección de Mahmud Abbas en enero de 2005 y las elecciones legislativas de enero de 2006 apenas suscitaron entusiasmo. Muchos árabes se preguntaron por el apoyo occidental al proceso democrático palestino, aunque los territorios palestinos seguían sometidos al yugo de la explotación. Lo que sucedió después es bien sabido: Hamás ganó las elecciones, pero fue desposeído de su victoria. Se adueñó entonces de Gaza, donde instauró un gobierno bis. Arabia Saudí intentó una misión de reconciliación intrapalestina (2007), pero en vano. Cada país árabe escogió su bando, y apoyó a Hamás o a la Autoridad Palestina, agravando de este modo la fractura que, hasta nuestros días, desgarró al pueblo palestino.

La cuestión palestina y las primaveras árabes (2010-2017)

Los movimientos sociales que tuvieron lugar en numerosos países árabes a partir del 17 de diciembre de 2010 pillaron desprevenido al mundo entero. La tesis de la “excepción árabe”, que sostenía que los árabes estaban paralizados, inertes y eran refractarios al cambio democrático, se tambaleó. Aunque las referencias panarabistas a la cuestión palestina fueron muy discretas en las consignas coreadas por los manifestantes, no es menos cierto que la sucesión de acontecimientos, el papel de las cadenas vía satélite, el sentimiento de orgullo reencontrado, todo ello dibujó los contornos de un sentimiento panárabe cuyo núcleo político era el rechazo del yugo extranjero, la aspiración a la libertad y la fe en la posibilidad

de cambio.¹² Porque los pueblos árabes perciben la historia del mundo árabe, desde las respectivas independencias, como una sucesión de humillaciones sucesivas y múltiples, no solo la humillación de la represión y el subdesarrollo, sino también la humillación infligida a los árabes en Palestina. Aunque los manifestantes no enarbolaron la bandera palestina, está claro que Palestina constituía para ellos «la madre de las humillaciones».¹³ Además, ¿no había sido Palestina la primera primavera, cuando la primera Intifada de 1987, que fue pacífica, popular e inclusiva, inflamó los ánimos de los árabes? En todas partes, los pueblos árabes compararon la valentía de los jóvenes palestinos con la cobardía de sus dirigentes. Un sentimiento de vergüenza recorrió todas las sociedades, y se agudizó aún más con la segunda Intifada. Cuando los carros de combate israelíes destruyeron el campamento de Yenín, una palestina gritó su ira: «*Wen el arab?*» (¿Dónde están los árabes?). «Nadie respondió, pues los dirigentes árabes estaban reunidos en la Cumbre de Beirut en ausencia de Yasir Arafat, recluido en Ramala, atrapado en la trampa de su presidencia asediada», comenta J. P. Filiu.¹⁴ «*Wen el Arab*» se gritó muchas veces durante las tres ofensivas israelíes contra Gaza (360 km² y 1.800.000 habitantes) en 2008, 2011 y 2014.

Los movimientos sociales que tuvieron lugar a partir de diciembre de 2010 pillaron desprevenido al mundo entero. La tesis de la «excepción árabe» se tambaleó.

Las primaveras árabes han sido pervertidas, desviadas, confiscadas. La polarización, el caos y la guerra acaparan toda la atención mediática. Desde 2014, la atención mediática se centra en el Daesh (Estado Islámico). Un problema eclipsa a otro. Palestina no es ya un tema que movilice. Los estados árabes deben hacer frente a sus problemas internos. Los pueblos árabes están desconcertados, desorientados. La duda se apodera de los espíritus y el pesimismo prevalece en todas partes.

Y sin embargo, de este instante sombrío surge la esperanza. En diciembre de 2016, una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU (2334) condenó la colonización israelí. Estados Unidos, que ha utilizado en 42 ocasiones su derecho de veto para proteger a Israel desde 1980, se abstuvo esta vez. El 28 de diciembre de 2016, John Kerry pronunció un discurso sin concesiones en el que consideró que la política de colonización israelí impedía la solución de los «dos Estados». El 15 de enero de 2017, François Hollande organizó en París una Conferencia Internacional sobre la Paz en Oriente Próximo en la que participaron 75

¹² A. Belkaid, *Être arabe aujourd'hui*, Carnets Nord, París, 2011.

¹³ B. Khader, *Le printemps arabe: un premier bilan*, Cetri-Syllepse, París, 2012.

¹⁴ J. P. Filiu, *La révolution arabe: dix leçons sur le soulèvement démocratique*, Fayard, París, 2011, p. 179.

delegaciones. A finales de marzo de 2017, una cumbre árabe, celebrada en el Mar Muerto, en Jordania, volvió a poner sobre el tapete el Plan de Paz, aun a sabiendas de que Israel rechaza la idea misma de un retorno a las fronteras de 1967. En abril de 2017, el presidente Trump recibió en la Casa Blanca a Mahmud Abbas, presidente de la Autoridad Palestina. Egipto, por su parte, ha logrado reconciliar a Hamás y la Autoridad Palestina, 10 años después de su divorcio (septiembre de 2017). Esta reconciliación corre peligro por la iniciativa del presidente Trump de reconocer a Jerusalén como capital de Israel (6 de diciembre de 2017).

La iniciativa unilateral de Estados Unidos ha provocado una gran ira en el mundo árabe y en el mundo musulmán, y ha puesto en dificultades a un buen número de países árabes proestadounidenses. Paradójicamente, fue la Turquía de Erdogan, y no Arabia Saudí, la que organizó una cumbre extraordinaria de la Organización para la Cooperación Islámica para denunciar la política norteamericana. Y a iniciativa de Egipto el Consejo de Seguridad se reunió, el 18 de diciembre, para reafirmar la primacía del derecho internacional. Naturalmente, el veto de Estados Unidos impidió la adopción de una resolución que declaraba nula y sin efecto la decisión estadounidense. Los pueblos árabes están indignados. Los estados árabes no saben responder a la ira de sus pueblos. Divididos y debilitados, los estados árabes demuestran una vez más su inanidad en la defensa de Palestina y los palestinos.